

á constituir en reino la Polonia, sueño funesto por cuya realizacion estaba vendiendo al emperador el principe polaco Czartoryski.

Este y sus amigos sostenian con mucha mas razon que los militares presuntuosos, que no supieron aguardar en Olmütz á que espirase el término fijado para la intervencion de Prusia, que quisieron dar la batalla prematuramente, y oponer su esperiencia de veinte y cinco años á la ciencia del general mas consumado de los tiempos modernos, que aquellos militares, decimos, tan presuntuosos como ineptos, fueron los verdaderos autores de los reveses que sufrió Rusia.

Los rusos de edad madura, descontentos tambien condenaban á todos aquellos jóvenes, y Alejandro, á quien acusaban de que se dejaba llevar ya por unos, ya por otros, no era muy respetado en aquella época por sus súbditos.

En los primeros dias que siguieron á su derrota, se mostró muy desanimado, y si el principe Czartoryski no le hubiese recordado varias veces su propia dignidad, hubiera dejado ver demasiado el profundo abatimiento que se habia apoderado de su alma. El referido principe, aunque tenia parte en la inesperienza que era comun en todos los jóvenes que regian el imperio, abrigaba miras formales y era el principal autor del sistema de arbitramento europeo que impulsó á Rusia á tomar las armas contra Francia. Dicho sistema que en los hombres de estado rusos, solo era una máscara para encubrir la ambicion nacional, nacia en aquel joven polaco de un pensamiento sincero, de suerte que queria que Alejandro insistiese en él; y no hay duda en que, si era una

presuncion y grande en hombres tan jóvenes querer regentear la Europa, sobre todo, cuando habia potencias que disputaban su imperio, era todavia mayor ligereza abandonar tan pronto lo que habia emprendido con tanta temeridad.

El principe Czartoryski dirigió al joven emperador, amigo suyo poco antes, y que ya empezaba á convertirse en soberano, palabras nobles y respetuosas que honrarian á un ministro de un pais libre, y que deben honrarle mucho mas en un pais donde la resistencia al poder es un acto de abnegacion extraordinario, y destinado á permanecer oculto. Haciendo una reseña de la indecision y debilidades de que habia dado pruebas Alejandro, le dijo el principe:—Por muy abatida que esté el Austria, aborrece á su vencedor, y aunque Prusia está dividida entre dos partidos, acabará por dejarse llevar del sentimiento aleman que la domina: contemplad, pues, á esas potencias y dejad que llegue el momento en que una y otra estén prontas á obrar. Hasta entonces podeis permanecer cierto tiempo sin hacer las paces ni entrar en guerra, esperando llegue una coyuntura en que podais volver á tomar las armas ó á hacer un tratado ventajoso. No dejeis de estar unido á Inglaterra, y obligareis á Napoleon á que os conceda lo que se os debe.

Conociendo Alejandro lo grande que era Napoleon, desde que lo encontró en el campo de batalla de Austerlitz, contestó al principe Czartoryski:—Cuando queremos luchar con ese hombre, nos parecemos á niños que quieren habérselas con un gigante; y añadió que sin el apoyo de Prusia no era posible renovar la guerra, pues sin ella no

había probabilidad alguna de sostenerla con buen éxito. Es verdad que Alejandro tenía en mucha estima al ejército prusiano por el único motivo de que aun no lo había derrotado Napoleón; y efectivamente en aquel ejército se fundaba entonces la esperanza de la Europa, no siendo extraño por lo mismo, que Alejandro estuviese dispuesto á dar otra vez principio á la lucha con él, y nada más que con él. En cuanto á Inglaterra, no esperaba de ella ningún auxilio eficaz, pues temía que, de resultas de la muerte de Mr. Pitt que se anunció como segura, y del advenimiento al poder de Mr. Fox que se anunciaba como muy próximo, se extinguiera sino en el corazón de los ingleses á lo menos en su política el odio con que aquella nación miraba á Francia. Sin embargo, las observaciones del príncipe Czartoryski estimularon el orgullo de Alejandro, sacándole de su abatimiento, y estaba resuelto antes de entregar su espada á Napoleón, á hacérsela esperar; pero aunque las lecciones de su joven censor eran útiles, le parecieron inoportunas, y trataba de buscar entre los personajes de su imperio, un hombre tan complaciente como inepto, que cubriese con sus muchos años y ejecutase con sumisión su voluntad, pudiéndose decir en consecuencia que iba á recaer este favor en el general Budberg.

Esto no impidió que siguiesen con bastante exactitud la conducta que aconsejó el príncipe Czartoryski, pues volvieron á entablar relaciones con Austria, olvidaron al parecer la frialdad con que fueron tratados en Holitsch, y manifestaron á aquella corte gran interés por sus desgracias, y no poco respeto por el poder que aun le quedaba,

llegando hasta encargarse de entablar negociaciones en Londres, á fin de que le pagase un año de subsidio, aunque solo había durado la guerra tres meses. En cuanto á Prusia, evitaron cuanto pudiera ofender su amor propio, guardándose no obstante de aprobar sus actos, y al príncipe de Brunswick, que llegó á principios de marzo, le recibieron perfectamente, colmándole de atenciones, que se dirigían á su persona, á su edad, á su gloria militar, y de ningún modo á la corte de que era representante. No sucedió lo mismo cuando empezó á hablar de negocios políticos, pues le dijeron no podían aprobar que Prusia hubiese aceptado el Hannover de manos del enemigo de la Europa; que por lo demás, las paces que había hecho con Francia eran poco duraderas, y que bien pronto tendría Prusia que adoptar una resolución retardada por largo tiempo, para sacar al fin la espada del Gran Federico.—Entonces, dijo el emperador Alejandro al duque de Brunswick, yo serviré á vuestras órdenes, y tendré á gloria aprender el arte de la guerra en vuestra escuela.

Sin embargo, trataron de entablar con el anciano duque una negociacion, destinada á permanecer secreta, pues so pretexto de que Francia no cumpliría fielmente las condiciones de la alianza, le propusieron una subalianza con Rusia, por medio de la cual Prusia, así que estuviere descontenta con su aliado el francés, podría recurrir á su aliado el ruso, en cuyo caso tendría á su disposición todas las fuerzas del imperio moscovita. Lo que le ofrecían era nada menos que una traicion con Francia; pero queriendo el duque de Bruns-

wick dejar en San Petersburgo buenas disposiciones en favor de Prusia, consintió, no en contraer semejante compromiso, pues no podían autorizarle para ello, sino en hacer la proposición á su rey, por lo cual se convino en que quedarían abiertas las negociaciones, y las proseguirían en secreto sin que lo supiese Mr. de Haugwitz, por conducto de Mr. de Hardenberg, el ministro que al parecer se hallaba en desgracia, y que por debajo de cuerda seguía tratando el asunto mas importante de la monarquía.

Mientras que Prusia procuraba esplicar de este modo su conducta á la corte de Rusia, trataba tambien de disculparse en Lóndres por haber ocupado el Hannover, siendo muy singular el manifesto que dirigió á los hannoverianos, y lo que dijo á la corte de Lóndres. A los primeros manifestó que tomaba posesion con sentimiento de aquel reino, posesion que pagaba con un sacrificio amargo, el de las provincias que tenia en el Rhin, Franconia y Suiza; pero que si obraba así era por asegurar la paz á Alemania, y evitar al Hannover pisasen su suelo tropas extranjeras; y despues de dirigir al pueblo hannoveriano estas palabras faltas de franqueza y dignidad, dijo al gabinete inglés que no quitaba á Inglaterra el Hannover, sino que lo recibia de manos de Napoleon, á quien pertenecia por derecho de conquista. A esto añadió que lo recibia con disgusto, y como un cambio que le imponian por provincias que sentia infinito perder, que aquellas eran las consecuencias de la guerra imprudente que siempre habia criticado Prusia, que habían emprendido contra su dictámen, y cuyos funestos

resultados debían recaer sobre la coalicion, pues con luchar fuera de tiempo con aquel poder colossal, le habían elevado mas y mas, para que tomase de unos lo que daba á otros, y violentase lo mismo á los que favorecia con sus regalos que á aquellos á quienes despojaba.

Sin hacer caso Inglaterra de semejantes razones, contestó con un manifesto en que llenaba de dicitorios á la corte de Prusia, declarando que habia caido de un modo miserable bajo el yugo de Napoleon, que era indigna de oírsele, y tan despreciable por su codicia como por su servilismo. Sin embargo, por no pasar el gabinete británico á los ojos de la nacion por tan imprudente que iba á atraerse un enemigo mas, mirando esclusivamente por los intereses de la familia real, dijo que hubiera sufrido aquella nueva invasion del Hannover, resultado inevitable de la guerra continental, si Prusia se hubiese limitado á ocuparlo simplemente; pero que anunciando dicha potencia que iba á cerrar los rios, cometia un acto hostil, y perjudicial en gran manera para el comercio inglés, por lo cual le declaraba la guerra. En consecuencia se mandó á todos los buques de la marina real que persiguiesen el pabellon prusiano, lo cual debia causar grave daño á toda la Alemania, pues las embarcaciones del Báltico se cubrían por lo regular con aquel pabellon, mas respetado que los demas por los señores del mar.

El ascendiente adquirido con la batalla de Marengo atrajo á Napoleon la Inglaterra, pero el de Austerlitz mucho mas, pues las victorias de nuestros ejércitos de tierra eran un medio de desarmarla, aunque no tan directo. La primera de

aquellas dos victorias hizo que Mr. Pitt se retirase, y la segunda causó su muerte, pues aquel gran ministro, que volvió á subir al ministerio en agosto de 1803 por dos años solamente, subió para sufrir acerbos pesares. No teniendo por compañeros, como antes, á MM. Windham y Grenville, ni á Mr. Fox, aliado suyo de hacia poco tiempo, tuvo que luchar en el parlamento con sus antiguos y nuevos amigos, y en Europa con Napoleon, emperador ya y mas poderoso que nunca. Así que se oyó su voz tan conocida por los enemigos de Francia, resonó en todas partes el grito de ¡a las armas!, formóse por tercera vez la coalicion y el ejército francés tuvo que dejar á Douvres para encaminarse hácia Viena; pero disuelta en Austerlitz dicha coalicion, Mr. Pitt vió frustrarse sus proyectos, á Napoleon en libertad de regresar á Boloña, y á punto de renacer la ansiedad que esto causaba á Inglaterra.

La idea de que Napoleon volviese á aparecer en las orillas de la Mancha traia inquietos á los ingleses, pues aunque confiaban en que era difícil pasar á Inglaterra, empezaban á temer no hubiese nada imposible para el hombre extraordinario que conmovia al universo, y se preguntaban á sí mismos si valia la pena arrostrar semejante peligro para adquirir una isla mas, cuando era suya toda la India, y tenian tan sujeto el cabo de Buena Esperanza y á Malta, que nadie podia arrebatárles su posesion. Habia quien decia que la batalla de Trafalgar aseguró de un modo definitivo la superioridad que Inglaterra tenia sobre los mares, pero que el continente europeo quedaba por Napoleon, quien iba á cerrar todas

las salidas; que dicho continente era el mundo, y no podian vivir separados de él eternamente; y que las victorias navales mas brillantes no impedirian que aprovechándose algun dia Napoleon de un suceso imprevisto en el mar, partiese de aquel continente para invadir la Inglaterra. De consiguiente entre los ingleses dotados de raciocinio estaba desacreditado el sistema de guerra á muerte, y por mas que este sistema haya tenido buen resultado mas tarde, conociase entonces el peligro, grande, muy grande, comparado con las ventajas que podia sacarse de una lucha prolongada.

Como los hombres son esclavos de la fortuna, y creen que han de ser eternos los que únicamente son caprichos de un momento, trataban con crueldad á Mr. Pitt, olvidando los servicios que aquel ministro habia prestado á su patria durante veinte años, y el grado de grandeza á que le habia elevado, merced á la energia de su patriotismo y al talento parlamentario que desplegó para someter á su voluntad á la cámara de los comunes. Le tenian por hombre vencido, y le trataban como á tal, hurlándose sus enemigos de su política y de los resultados que habia producido, y atribuyendo á él los disparates que cometió el general Mack, la precipitacion con que entraron en campaña los austriacos sin esperar á los rusos, y lo ligero que anduvieron estos en dar la batalla, sin esperar á los prusianos. Todo esto lo achacaban al furor impaciente de Mr. Pitt, y se mostraban muy interesados por Austria, acusando á Mr. Pitt de que la habia perdido, siendo así que era el único amigo verdadero que tenia Inglaterra.

Sin embargo, Mr. Pitt nada tenia que ver con el plan de campaña, pues solo tuvo parte en la coalicion, siendo él quien la anudó para impedir como efectivamente impidió la expedicion de Boloña; pero esto no se lo agradecian.

Una circunstancia muy particular agravó el mal causado por la última victoria de Napoleon. Al día siguiente de la de Austerlitz, ni mas ni menos que al día siguiente de la de Marengo, se dijo antes de que se conociese la verdad, que Napoleon habia perdido en una gran batalla veinte y siete mil hombres y toda la artilleria; pero no tardó en esparcirse la noticia de la verdadera pérdida, y los individuos de la oposicion tradujeron é imprimieron los boletines franceses, mandando repartirlos á la puerta de Mr. Pitt y del embajador de Rusia.

Para disfrutar de toda su gloria no tenia que hacer otra cosa Napoleon sino pasar el estrecho, y oír cuanto decian de él, su genio y su fortuna; pero ¡lo que son las vicisitudes de este mundo! lo que Mr. Pitt sufrió en aquella época, Napoleon debia sufrirlo mas tarde, y con una injusticia y una pasion proporcionadas á la magnitud de su genio y destino.

Veinte y cinco años de luchas parlamentarias, luchas devoradoras que gastan el alma y el cuerpo, arruinaron la salud de Mr. Pitt, poniendo fin á su vida prematuramente en 23 de enero de 1806 una enfermedad hereditaria, mortal de resultas del trabajo, las fatigas y los pesares que últimamente habia sufrido. Murió á la edad de 47 años, despues de gobernar á su país durante mas de veinte con tanto poder como puede egercerse en

una monarquía absoluta; y sin embargo, vivia en un país libre, no contaba con el favor de su rey, y tenia que conquistar los votos de la asamblea mas independiente del mundo!

Si hay quien admire á esos ministros que en las monarquías absolutas saben encadenar por mucho tiempo no solo la debilidad del príncipe sino la inestabilidad de la corte, y reinar en nombre de su amo en un país servil, ¡cuánto mas será de admirar un hombre cuyo poder, establecido en una nación libre, dura veinte años! No hay duda en que las cortes son caprichosas, pero no lo son tanto como las grandes asambleas deliberantes, pues todos los caprichos de la opinion, escitados por los mil estimulantes de la prensa cotidiana, y que refleja un parlamento donde se resisten de la autoridad de la soberanía nacional, componen esa voluntad inconstante, servil unas veces y otras despótica, que es necesario cautivar para reinar sobre esa multitud de hombres que pretenden reinar tambien. Para dominarla se necesita, ademas del arte de la adulacion, que produce muy buen resultado en las cortes, ese arte tan diferente de la palabra, vulgar á veces y á veces sublime, que es indispensable para hacerse escuchar de hombres reunidos, y se necesita tambien, lo que no es un arte sino un don, el carácter con que se consigue arrostrar y contener las pasiones escitadas. Todas estas cualidades naturales ó adquiridas, las poseia Pitt en alto grado, y no ha habido en los tiempos modernos uno que con mas habilidad haya sabido manejar una asamblea. Espuesto durante la cuarta parte de un siglo á la vehemencia arrebatadora de Mr. Fox y

á los punzantes sarcasmos de Mr. Sheridan, se mantuvo en pié con imperturbable sangre fria, habló constantemente con exactitud, oportunidad y parsimonia, y cuando la sonora voz de sus adversarios iba á juntarse con la voz mas poderosa aun de los sucesos, cuando desconcertó la revolucion francesa á los hombres de estado y á los generales de mayor esperiencia de la Europa, arrojando en medió de su marcha á Fleurus, Zurich ó Marengo, siempre supo contener por medio de la firmeza y la oportunidad de sus respuestas á los hombres inquietos que habia en el parlamento británico. Y en esto fué donde mas se dió á conocer Mr. Pitt, pues como ya hemos dicho en otra parte que ni tuvo genio organizador ni las luces profundas propias de un hombre de estado: como que si esceptuamos algunas instituciones rentísticas de un mérito disputable nada creó en Inglaterra, y muchas veces se engañó acerca de las fuerzas relativas de la Europa y de la marcha de los sucesos; pero ademas de tener los talentos de un gran orador político queria con entusiasmo á su país y odiaba en gran manera la revolucion francesa. Para que el genio tenga poder necesita tener pasiones, y representando como representaba Mr. Pitt en Inglaterra, no á la aristocracia noviliaria sino á la comercial, que fué la que le prodigó sus tesoros por medio de empréstitos, resistió al engrandecimiento de Francia y al contagio de los desórdenes demagógicos con una constancia que nada pudo abatir, manteniendo el orden en su país sin menoscabo de su libertad. Es verdad que lo dejó cargado de deudas pero en quieta posesion de los mares y de las Indias; que

usó y abusó de las fuerzas de Inglaterra; pero lo cierto es que era el segundo país del mundo cuando él murió, y el primero á los ocho años de su muerte. ¿Y de qué servirían las fuerzas de las naciones si no procurasen dominarse las unas á las otras? el dominar en grande entra en los designios de la Providencia porque un hombre de genio es con respecto á una nacion lo que una grande nacion para la humanidad. Las grandes naciones civilizan, ilustran el mundo, y le hacen caminar con mas rapidez por todos los caminos, debiendo pedirse únicamente que reúnan la fuerza, la prudencia necesaria para que esta triunfe, y la justicia que redunde en honra suya.

Mr. Pitt, que fué tan afortunado por espacio de diez y ocho años, fué desgraciado en los últimos dias de su vida, de suerte que nosotros los franceses nos vengamos de aquel cruel enemigo, pues pudo creer que siempre estaria de nuestro lado la victoria, pudo dudar de la escelencia de su política y temblar por el porvenir de su patria. Por lo demás lord Castlereagh uno de los hombres mas medianos de los que le sucedieron en el poder, fué el que debia gozarse en nuestros desastres.

En medio de las acusaciones mas diversas y violentas, tuvo la fortuna Mr. Pitt de que nadie atacase su integridad, pues vivió con sus emolumentos, que eran bastantes, y pasó por pobre aunque no lo era. Así es que cuando se anunció su muerte propuso un individuo de la antigua mayoría ministerial se pagasen sus deudas; pero esta proposicion, acogida con respeto por el parlamento, fué combatida por los que habian sido

amigos suyos y ya eran enemigos, y especialmente por Mr. Windham, que habia sido compañero suyo de ministerio durante mucho tiempo. Su noble antagonista Mr. Fox tampoco se adhirió á ella, si bien con sentimiento, exclamando con un acento que conmovió á la asamblea de los comunes:—Yo concedo á mi ilustre adversario la honra que se merece, y tengo á gloria el que me hayan llamado rival suyo; pero he combatido su política por espacio de veinte años, ¿y qué diría de mí la generacion presente si viera que admitia una proposicion con que se quiere rendir por última vez un homenaje ostentoso á esa misma política, que he creído y creo es funesta para Inglaterra!—Todo el mundo comprendió el voto de Mr. Fox, y aplaudió la nobleza de su lenguaje.

Algunos dias despues, tomó otro caracter la proposicion, y el parlamento votó por unanimidad 50,000 libras esterlinas (12.500,050 francos para pagar las deudas de Mr. Pitt, decidiéndose se le enterrase en Westminster.

Con la muerte de Mr. Pitt, quedaron vacantes los puestos de primer lord de la tesorería, canciller del *echiquier*, lord gobernador de las cinco puertas, gran maestro de la universidad de Cambridge, y varios otros no tan importantes.

Difícil era buscar quien le reemplazase, no en dichos cargos que disputaban entre sí muchos ambiciosos, sino en el de primer ministro, que tenia algo de aterrador, teniendo como tenia que habérselas el que lo desempeñase con Napoleon, vencedor de la coalicion europea. Al renovarse la guerra en 1803, y al ver que gobernaba el débil ministerio Addington, se apoderó de todos la idea

de reunir á los hombres de gran talento, aunque fuesen de opinion contraria, como por ejemplo MM. Pitt y Fox para que hicieran frente á las dificultades de la lucha que iban á empezar de nuevo contra Napoleon, reunion tanto mas natural y facil cuanto que MM. Pitt y Fox hacian la oposicion al gabinete de comun acuerdo. Tambien la quiso Mr. Pitt, pero no pudo convencer á Jorge III, y entró en el ministerio sin Mr. Fox, entrando igualmente como especie de compensacion, sin MM. Grenville y Windham, partidarios como él del antiguo sistema tory, y que le parecieron demasiado exaltados para volver á darles parte en el mando.

Viendo estos que Mr. Pitt los habia dejado fuera, fuéronse acercando poco á poco á Mr. Fox por el camino de la oposicion, aunque por la indole de sus opiniones, distaban mas de él que el mismo Mr. Pitt. Una lucha comun de dos años contribuyó á unirlos, y al fallecimiento de éste era muy poca la diferencia que los separaba, de lo cual resultó que la opinion general los llamaba al ministerio, para que reemplazasen por la coalicion de sus talentos, al gran ministro que acababan de perder, hiciesen las paces con Napoleon por medio de las relaciones de amistad que con él tenia Mr. Fox, y luchasen con toda la energia propia de los Grenville y los Windham, si no conseguian entenderse con Francia.

Si en 1803 tomó Jorge III, por ministro á Mr. Pitt, á quien no queria, por pasarse sin Mr. Fox, á quien queria mucho menos, muerto el primero, tenia que sufrir el imperio de la opinion y reunir en un mismo gabinete á MM. Fox, Grenville, Windham y sus amigos. Así es que Mi-

lord Grenville obtuvo el cargo de primer lord de la tesorería, es decir de primer ministro; Mr. Windham el que siempre había ocupado, esto es el gobierno de la guerra; Mr. Fox, relaciones exteriores, y Mr. Gray el almirantazgo, distribuyéndose los demás departamentos entre los amigos de aquellos personajes políticos, pero de modo que Mr. Fox contase con el mayor número de votos en el nuevo ministerio.

Aquel gabinete, así formado, obtuvo una gran mayoría, á pesar de los ataques de MM. Cartlreagh y Canning, colegas que fueron de Mr. Pitt, y se ocupó sin detención en dos objetos esenciales, en organizar el ejército y arreglar las relaciones con Francia.

En cuanto al ejército, no era posible dejarlo tal como se hallaba desde 1803, es decir compuesto de una fuerza regular insuficiente, y de tres mil voluntarios, tan costosos como mal disciplinados, organización del momento que se le dió para ver de salir del apuro. Mr. Windham, que se había burlado sin cesar de los voluntarios, y sostenido que no podía hacerse ninguna cosa importante con ejércitos que no fuesen regulares, lo cual le proporcionó ocasión de hablar en términos magníficos del ejército francés, no podía dejar subsistir la organización actual, y así propuso una especie de licenciamiento disfrazado de los voluntarios, y ciertos cambios en las tropas de línea que debían facilitar el reclutamiento de estas. Ya hemos visto que el ejército inglés, lo mismo que todo ejército mercenario, se reclutaba por medio de enganches espontáneos, pero estos enganches eran de por vida, y dificultaban el reclutamiento

Mr. Windham propuso, pues, que se convirtiesen en enganches temporales, desde siete hasta veinte años, añadiendo á esto ventajas en el sueldo de mucha consideración, con lo cual contribuyó á proporcionar al ejército inglés una organización más fuerte; pero tuvo que luchar con la preocupación que todas las naciones libres tienen contra los ejércitos permanentes, contra el favor que se habían captado los voluntarios, y sobre todo contra los intereses creados por aquella institución, pues había que formar un cuerpo de oficiales para los voluntarios, y era preciso disolverlo. Hicieron esfuerzos por lo mismo para poner á Mr. Windham en contradicción con su nuevo colega Mr. Fox, que participaba de las preocupaciones populares de su partido, y se mostró en otro tiempo más inclinado á la institución de los voluntarios, que á estender el ejército regular; pero á pesar de todos aquellos obstáculos, fué aprobado el proyecto ministerial. En consecuencia se aumentó el ejército, el cual debía componerse hasta el completo desarrollo del nuevo sistema, de doscientos sesenta y siete mil hombres, entre los cuales había setenta y cinco mil de milicia local y ciento noventa y dos mil de tropa de línea, esparcidos por los tres reinos y las colonias. En cuanto al gasto total del presupuesto subió en aquel año á unos 83.000.000 de libras esterlinas, es decir á 2.000.000.000 de francos, en los cuales figuraban los impuestos por 4.500.000.000, y el empréstito que había que hacer era de 500.

Con estos poderosos recursos quería presentarse Inglaterra á Napoleon, á fin de negociar, esperanzados todos de que nadie mejor que

Mr. Fox podría anudar relaciones pacíficas, por su situación y las relaciones que tuvo con Napoleón siendo este cónsul. Una feliz casualidad que la Providencia debía á aquel hombre honrado, le proporcionó ocasion de un modo honroso y natural, pues creyendo un miserable que el gobierno actual era como los anteriores, se introdujo en casa de Mr. Fox, y se ofreció á asesinar á Napoleón. Indignado el ministro de quien vamos hablando, mandó á sus porteros que le prendiesen, y lo entregó á la policia inglesa, escribiendo sin detencion á Mr. de Talleyrand una carta muy noble en que le contaba la odiosa proposicion que acababan de hacerle, y le decia que estaba dispuesto á poner á su disposicion todos los medios necesarios para perseguir al autor de aquella, si le parecia que su proyecto tenia visos de formalidad.

Napoleón agradeció como debia una accion tan generosa, y dirigió á Mr. Fox por conducto de Mr. de Talleyrand la contestacion que merecia.

«He presentado, así decia, Mr. Talleyrand, á S. M. la carta de V. E. y al leerla exclamó:— En eso se conoce los principios de honor y virtud de que siempre ha estado animado Mr. Fox; y luego añadió:—Dadle las gracias de mi parte, y decidle que hora sigamos en guerra por mucho tiempo merced á la politica de su soberano, ora tengan término cercano, como deben deseárselo nuestras respectivas naciones, una reyerta inútil para la humanidad, me alegro del nuevo carácter que con este paso ha tomado la guerra, y que es un presagio de lo que puede esperarse de un gabinete, cuyos sentimientos me complazco en saber apreciar, si son como los que abriga

Mr. Fox, uno de los hombres mas dignos de conocer en todo lo bello y verdaderamente grande.»

Nada mas decia Mr. de Talleyrand, pero era bastante para anudar relaciones que habian principiado con tanta nobleza, y así Mr. Fox contestó con una carta franca y cordial, en que ofrecia la paz sin rodeos ni emboscadas políticas, con condiciones honrosas y seguras, y por medios tan sencillos como prontos. Segun Mr. Fox, habian variado y mucho las bases del tratado de Amiens, de resultas hasta de las ventajas que Francia é Inglaterra consiguieron en los dos elementos, teatro por lo regular de sus triunfos, y por lo mismo era preciso buscar nuevas condiciones con que no padeciera el orgullo de ninguna de las dos naciones, y que proporcionaran á la Europa garantías de un porvenir tranquilo y seguro. Estas condiciones, no era difícil de encontrarlas como una y otra se acomodaran á la razon, y viendo Mr. Fox, que con arreglo á los tratados anteriores, Inglaterra no podia negociar por separado de Rusia, como que mientras no consultaban á esta, podia encargarse á personas intermediarias, que discutieran los intereses de las potencias beligerantes, preparando una transacion, se ofreció á designar al instante los sugetos á quienes debia confiarse dicho encargo, y el sitio donde debian reunirse.

Esta proposicion encantó á Napoleón, quien en el fondo deseaba reconciliarse con la Gran Bretaña, pues de ella dimanaba la guerra como brota el agua de un manantial, y habia pocos medios directos de vencerla, si esceptuamos uno muy decisivo pero arriesgadísimo, y que solo él podia